



Tierra de leones

He leído recientemente dos novelas de jóvenes escritores colombianos. Ambas publicadas en México. La primera, bajo el sello de una editorial de best sellers, con un tiraje de 35.000 ejemplares. La segunda, publicada por Editorial Leega (la misma que ha editado mis dos libros más recientes, *Cuentos para después de hacer*

el amor y Paraísos hostiles), con un tiraje de 3,000. La de gran tiraje, titulada *Oro Colombiano*, de Jaime Manrique Ardilla, ya la conocía, por lo menos en su primera parte, y recuerdo haber escrito en *El Espectador*, encomiándola ampliamente y recomendando su lectura. Pero ahora resulta que la obra (que antes se llamaba *El cadáver de papá*) se ha extendido unas cuantas páginas, se ha transformado, y lo que fue

una novela violenta y de ruptura al estilo de Boris Vian (recuerdo con particular deleite morboso *Escupiré sobre vuestra tumba*) ahora es una clásica novela de acción, que soluciona sus problemas a la manera en que el público más adocenado espera.

Oro Colombiano (título mal traducido, por cierto, pues según parece el nombre de la novela, cuando apareció originalmente en inglés fue *Colombian Gold*, lo que significa, más o menos, "Mariguana colombiana de la buena") es una novela escrita para gringos, en la que se les muestra a ellos este país nuestro, tal y como ellos lo imaginan: un paraíso verde en el que la violencia, la corrupción, el caos y la infelicidad son el pan de cada día.

Supongo que la necesidad de publicar en Estados Unidos, la falta de dólares y la exigencia de éxito que Manrique se había autoimpuesto, le permitieron simplificar a su país para transformarlo en caricatura.

Otro es el caso de *Tierra de leones*, del manizalita Eduardo García Aguilar. Aunque también incurre en la caricatura, su trabajo es menos tendencioso, más honrado. En él se pueden rastrear gran cantidad de obras de autores colombianos, desde Jorge Zalamea, hasta el de siempre, pasando por *El Printaneum*, de Cano Gaviria, los poemas de Julio Flores, de Guillermo León Valencia, los escarceos de Andrés Caicedo con las niñas de blue

jean y camiseta. Y también se pueden rastrear huellas del *Quijote*, *La Divina Comedia*, las novelas pastoriles y de caballerías.

Defecto hubiera sido semejante atiborramiento de ¿influencias? ¿intertextualidades?, si el autor nos la hubiera ofrecido a manera de fárrago pedante (como sucede en las dos más recientes novelas de Rafael Humberto Moreno), pero el caso es que tales líneas ajenas, tales tonos o escenas prestados, entran con fluidez y gracia en la narración.

Trata de la llegada de Leonardo Quijano, un soñador-reformador, de estirpe quijotesca, a Manizales, tras una larga estadía en Europa. Por artes no del todo claras llega al poder cultural y emprende acciones que van en contra de la tradición monacal, cavernaria, retrógrada, que se supone predomina en la "Ciudad más bella de los Andes".

Siendo una novela llena de fallas, pues no logra del todo darle una autonomía a su mundo y da por sobreentendidos asuntos que no se tocan en la obra (el pasado europeo, la infancia del protagonista, ¿qué tienen que ver con el presente iconoclasta? ¿su locura final (que repite esquemas cervantinos) está suficientemente justificada por apenas un par de actos que van contra el orden constituido?), es, sin embargo, de lectura muy agradable, tanto por la vocación de hallar un estilo inteligente, brillante y poético,

como por la gracia de la narración.

Tierra de leones es la primera novela de García Aguilar, la primera divertida equivocación, la primera muestra de una capacidad de fabular más que disfrutable y de un estilo vigoroso, que se nutre sin vergüenza de los mejores narradores y poetas colombianos. Ya basta —ahí va una pequeña catilinaria— de critiquillos panzones que descalifican a los nuevos narradores colombianos porque rozaron con la punta de sus ingenuas plumas un adjetivo que le corresponde exclusivamente a GGM. La literatura es infinitamente saqueable. El arte está en la gracia de hacerlo bien. Y si no que Gabriel ponga su mano sobre la Biblia y borre de sus libros enumeraciones al estilo de Jorge Zalamea, atmósferas faulknerianas, adjetivos pillados en Rubén Darío, aires de Halldor Laxnes, escenas de las *Mil y una noches*.

Como en toda primera novela, en *Tierra de leones*, García Aguilar juega su corazón entero, echa toda su carne al asador y quema sus naves. Allí está incluida la historia reciente de Colombia, las huellas de la violencia, el clericalismo ramplón, las guerrillas, los nadaístas, todo ello mezclado con las lecturas ya mencionadas y mil otras, y tras ello es fácilmente adivinable una filiación autobiográfica en el protagonista, que como Eduardo, regresa de Europa y encuentra que

su patria es un desastre. Lo que es común en los latinoamericanos que emigran: al regresar a su patria, todo lo ven más decrepito, más arruinado y sin remedio (ver el caso de Vargas Llosa en *Historia de Mayta*, o el de GGM en *El amor en los tiempos del cólera*).

Y eso me devuelve al tema de *Oro Colombiano*: allí se halla la denigración del país en pleno, se resaltan sus aspectos más negativos. Es el deslumbramiento del que ha visto el siglo XX y regresa al XIX.

Difícil es encontrar una novela jubilosa en la reciente narrativa colombiana: casi todos los escritores nos dedicamos a desgarrar el país para convertirlo en obras de arte. Parece que el deporte más sencillo y productivo es tirarle al caído. Ayudarle a levantarse es labor de optimistas a ultranza que viven a espaldas de la realidad. Tal baldón caerá sobre el que se atreva a escribir que en Colombia hay algo a lo que se le pueda cantar un himno de alegría.

Tierra de leones no escapa a este tono quejumbroso. Incluso invoca una inexistente edad de oro en la que supuestamente en Colombia o en Manizales se iniciaba la instauración de la cultura greco-latina. Las fuerzas que se mueven unas contra otras, están esquematizadas: la izquierda, el clero, los gobernantes, el pueblo, son caricaturas, motivos que le sirven a García Aguilar para ex-

presar sus nostalgias y preferencias ideológicas.

De todos modos García Aguilar es un narrador vigoroso y disciplinado que verá aparecer próximamente su siguiente novela. No es difícil augurar que será un escritor importante y que no habrá un vacío cuando desaparezcan los que actualmente reinan en el poder narrativo colombiano, que es, hoy por hoy, de los más promisorios de Latinoamérica.



Buenas nuevas de San Isidro de El General

Desde Costa Rica, más específicamente desde San Isidro de El General, pueblo-ciudad localizada cerca de la frontera con Panamá nos llega a *La Palabra y el Hombre* un paquete repleto de publicaciones: un par de libros de poesías, las revistas *Diquis* y los folletos que contienen las obras premiadas por el Certamen Brunca en 1984 y 1985.

No sé cuántos habitantes tenga en la actualidad San Isidro, conjeturo que unos 80.000. En los tiempos de mi adolescencia, del 60 al 70 más o menos, viví en ese pueblo lleno de prostitutas y em-

presas norteamericanas, comerciantes y gentes de paso. Años más tarde, ya en Colombia, escribí una novela, *Breve historia de todas las cosas*, que sorpresivamente recibió el Premio Aquileo J. Echeverría y que fue recibida en San Isidro con asombro, indignación y repudio. Allí se hablaba de los notables del pueblo, de las mujeres de la vida, de las compañías norteamericanas y del florecimiento de una cultura y una civilización distante de los esplendores de la Meseta Central.

Hoy recibo la revista *Brunca*, promovida y creada por Fernando Herrera, profesor de literatura que afincó en esas tierras distantes y leo con sorpresa un párrafo de un pequeño ensayo titulado "Literatura al margen o al margen de la literatura":

No es necesario demostrar que el escritor verdadero, el artista, es aquél que hace de su provincia o su país un universo, un cosmos en donde impera la ley de la gravedad en una realidad movida por fuerzas centrípetas y centrífugas. Buena parte de la narrativa de Costa Rica ha mostrado lo contrario. Hay una novela, *Breve historia de todas las cosas*, que expresa esta condición de universalidad; quizás la primera novela moderna en nuestro país aunque su autor naciera en Colombia.

No puedo ocultar que la categoría de fundador de la narrativa contemporánea de Costa Rica es halagadora. Estoy seguro que a Herrera la afirmación anterior le

acarreará problemas, escarnio y burlas.

Los folletos en los que se publican los textos premiados por el Certamen Brunca están decorosamente publicados y son de calidad diversa, pero manifiestan una voluntad creativa que sin duda será el origen de toda una tendencia de la poesía y la narrativa costarricenses.

Literatura de provincia de un país que vive en la provincia del mundo, tiene sin embargo valores ineludibles. Como prueba está el primer libro de poemas de Joaquín Soto en el que se da cuenta de las tragedias individuales de los habitantes de San Isidro de El General.

La editorial que publica el libro *Expediente*, de Joaquín Soto, y *Poesía colectiva*, de Fernando Herrera, se llama Chirripó y tiene su sede en San Isidro, que amenaza convertirse en un foco de emisión de cultura perdido en las cálidas tierras del sur de Costa Rica.

Y toda esta obra, todo este movimiento, los talleres de poesía que han nacido, los grupos encontrados de poetas y narradores, dan cuenta de una situación marginal en el mundo. La iniciativa ha sido fundamentalmente de Herrera, quien desde su refugio en San Isidro se ha dado a la labor de buscar financiamiento por medio de suscriptores y ya ha editado varios libros.

Siendo San Isidro un sitio en el que casi todo el mundo está